

Arrás, las cuales por un momento fueron á apoyar á los insurrectos normandos y se diseminaron luego por el Ponthieu y los Países Bajos, pero al fin regresaron á Champaña para saquearla de nuevo. Provins era una ciudad populosa y próspera que contaba con 3.200 telares de paños; pero después de la toma y saqueo de la misma por los ingleses en 1432, sus habitantes, que habían perdido todos sus bienes, emigraron, y los antiguos tejedores se vieron obligados «á ganarse la vida labrando viñas y jardines y haciendo otros trabajos.» Los ingleses, arrojados de la ciudad en 1443, se retiraron incendiando todo cuanto pudieron. El glorioso Enrique V había dicho en otro tiempo que «guerra sin fuego nada valía, como nada valía salchicha sin mostaza.»

En la diócesis de Langres, en el Tonnerrois, el Senonés y el Gatinés, multitud de aldeas estaban desiertas; Mussý-l'Évêque, sorprendida de noche por los desolladores, fué destruída; el arzobispo de Sens fué «saqueado» por una cuadrilla de salteadores á las mismas puertas de la ciudad; y en Bleneau los aldeanos habitaban en el castillo y ni siquiera en él se consideraban seguros, de modo que cuando el atalaya daba la señal de alarma, preferían ir á ocultarse en el bosque.

El ducado de Borgoña vióse muy maltratado. Felipe el Bueno no se atrevía á moverse de Flandes por miedo á una invasión inglesa y por sus contiendas con los municipios, y los señores borgoñones halagaban á los bandidos, les invitaban á que fueran «á jugar un poco con las damas y doncellas,» ofrecíanles regalos para evitar el saqueo y aún á veces se pasaban á sus filas. Los soldados picardos enviados por el duque para restablecer el orden hicieron buenos á los desolladores y merecieron el dictado que se les dió de *reesquiladores*. En diez años los Estados de Borgoña se reunieron quince veces y votaron más de ochenta mil libras para distribuir á los desolladores, á fin de que se alejaran; pero éstos volvían al día siguiente.

La risueña región que baña el Loira medio no se halla tampoco al abrigo de los bandidos: en la diócesis de Nevers, las rentas episcopales quedan reducidas á nada diez y ocho meses después del tratado de Arrás, el bai-le de Bourges cae en una emboscada de los desolladores y es asesinado; el monasterio de Nuestra Señora Bourg-Dieu sirve de refugio á los habitantes de los alrededores, los cuales han llevado allí sus ganados, sus camas y sus utensilios domésticos y duermen hasta en la iglesia, viéndose los religiosos obligados á decir misa «entre el llanto de los chiquillos y los aullidos de las mujeres que van de parto.» En la diócesis de Orleans son reducidas á la miseria antiguas é ilustres abadías como la de San Benito de Fleury, y la aldea de Marigny permanece deshabitada desde 1429 á 1445, «creciendo en ella grandes matorrales, árboles y espinas (1).»

La Turena y el Anjou habían sido devastados á la vez por los ingleses y por los armagnacs. En Poitou, la comarca en donde tan á gusto residía Carlos VII, La Tremoille, en desgracia, continuaba sus hazañas y perseguía con su odio á su antiguo enemigo el obispo de Luçon; allí se desarrolló principalmente la Praguerie, y aunque esta sublevación feudal fué pronto reprimida,

(1) Texto publicado por Mlle. de Villaret, *Campagnes de Jeanne d'Arc sur la Loire*, pág. 118.

los desórdenes y los pillajes continuaron todavía durante dos años.

La región del Macizo Central, comarca en general pobre y alejada del teatro de la guerra inglesa, fué saqueada como el resto de Francia. Cuando el ejército real regresó de la campaña de Tartas, en 1442, el Lemosín fué pasado á sangre y fuego. La Auvernia, durante trece años, fué para Rodrigo de Villandrando y sus tenientes un principado por donde se paseaban á su sabor y adonde regresaban para hacer fortuna después de terminadas sus expediciones por el resto de Francia. La milicia organizada por los Estados de aquella provincia para resistir á los bandoleros fué impotente, y el único medio de echarles de allí por algún tiempo seguía siendo el de darles dinero.

A partir de 1442, los desolladores se diseminaron en gran número por el Lyonés, el Forez y el Velay, y atravesando el Saona y el Ródano fueron á devastar los confines del ducado de Saboya, el Delfinado 1442 y la Provenza. En el período comprendido entre los años 1443 y 1445, la pequeña plaza de Vimy (Neuville-sur-Saone), disputada por las tropas ligeras de Carlos VII á las del duque de Saboya, fué tomada y reconquistada seis veces y cada vez saqueada en medio de «abominaciones tales como los sarracenos no las cometen con los cristianos.»

El Langüedoc había tenido que soportar hasta 1436 el virreinato y las depredaciones de Juan de Grailly, conde de Foix, uno de cuyos servidores, Pedro Raimón du Fauga, nombrado veguer del rey en Tolosa, desbalijaba á los viajeros á las puertas de la ciudad. Después de la muerte de Juan de Grailly hubo de sufrir aquel país las fechorías de las partidas de Villandrando y de su teniente Salazar, de Saintrailles y de los bastardos de Bearn, de Armagnac y de Borbón. A primeros del año 1439, y en ocasión en que el rey viajaba por el Mediodía, vióse obligada Tolosa á pagar rescate á los desolladores. El condado de Foix, el Bearn y la misma Navarra viéronse amenazados.

El Armagnac, el Rouergue, el Quercy, el Agenais, el Perigord, el Angoumois y la Saintonge tenían que habérselas á la vez con los ingleses y con los desolladores. En el Rouergue, los aldeanos, para efectuar los trabajos de la siega, hacíanse guardar, mediante el pago de una cantidad, por gente armada que los mismos jefes de los desolladores se encargaban de proporcionarles. En Saint-Antonin estaba aniquilada la industria, hacía poco tiempo muy floreciente, de los paños «bureles» que se exportaban hasta á Italia. Los labradores habían dejado de cultivar en las inmediaciones de la población el azafrán y el pastel necesarios para el tinte y los tejedores habían abandonado casi todos sus telares. En Quercy, en donde los franceses y los ingleses no habían cesado de combatir desde el tratado de Bretigny, las dos terceras partes de iglesias estaban incendiadas ó saqueadas, algunas parroquias completamente desiertas y los campos invadidos por las zarzas. Las diócesis de Agen y de Perigueux se veían desoladas y en el Angoumois era tal la devastación que habían desaparecido los lindeiros de las propiedades y los caminos. En Saintonge operaban el señor de Pons y los hermanos de Pluscalec y los ingleses, que incendiaron el monasterio de Sablouneau: «allí donde solía haber hermosas casas sola-

riegas, haciendas y heredades, hay grandes matorrales,» decían los testigos de una información hecha en Saintonge á fines del reinado (1). Los «huracanes de la guerra» habían pasado hasta por las islas de Re y de Olerón.

No eran más dichosas las dos provincias ocupadas todavía por los ingleses, la Guiena y la Normandía, pues los bandidos de Rodrigo de Villandrando, el ejército de Carlos VII en 1442 y luego el del delfín, durante su expedición contra el conde de Armagnac, devastaron la Aquitania inglesa.

La Guiena, por lo menos, gozaba de instituciones autónomas, antiguas y respetadas; en cambio la Normandía hallábase á merced de los conquistadores, en aquel entonces exasperados y resueltos á explotarla duramente. Desde la muerte del duque de Bedford, todos los empleos públicos se vendían y los que los compraban no dejaban nunca de sacar provecho de ellos. Luis de Luxemburgo, nombrado arzobispo de Ruán, Simón Morhier, ex preboste de París, nombrado general gobernador de hacienda en Normandía, y por último el duque de Somerset, daban el ejemplo de la rapacidad, y los soldados ingleses, los desolladores armagnacs, los guerrilleros y los bandidos acababan de consumir la ruina de aquel país. Entre el Sena, el Oise y el Somma no había ya campos cultivados ni caminos.

En los Estados de Orleans, los embajadores de la Universidad de París declaraban en 1439 que si no se firmaba pronto la paz, los franceses se verían obligados á expatriarse, y los documentos nos muestran ese movimiento de emigración empezado en todas las provincias y que arrastraba á los habitantes de las ciudades, y sobre todo á los del campo, hacia Bretaña y hacia los países extranjeros, como España y las orillas del Rhin.

La despoblación, que ya era alarmante en el siglo XIV, llegó á ser espantosa en el XV: sabemos que la población de 221 parroquias de la diócesis de Ruán, que ascendía en conjunto, á principios del siglo XIII, á 14.992 almas, descendió en el XV á 5.796; en Cotentin, en el territorio de la Roche-Tesson, había antiguamente 80 habitantes «y ahora á consecuencia de la guerra no hay más que tres pobres hombres (2).» En los alrededores de Senlis, en San Nicolás, en Gournay, en Avilly, en San Fermín, en Apremont, en Malassise, en Rieux, en Cinqueux, en Noé-Saint-Martin, en Bray, en Montleveque y en Orry-la-Ville, no había en 1444 ni un solo habitante. En Avallón contábase en 1397 todavía 31 «hogares francos solventes» y 35 «miserables;» y en 1413 sólo hay 16 de los primeros y 36 de los segundos; en 1442, 5 solventes, 36 miserables y 11 «mendicantes» y no queda ni un habitante en los arrabales. Algunas letras oficiales nos dicen que en el Maine hay muchas parroquias «inhabitadas» y que en el Norte del Poitou la tierra está «casi deshabitada;» el Angoumois está, «por decirlo así, desierto;» la ciudad de Limoges no es sino una ruina desde hace setenta años, y allá por el año de 1435 sólo viven en ella cinco personas. En el Quercy, los territorios de Jambluse y de Mouillac están abandonados; en Saillagol no queda más que una mujer y en Cazals un hombre, y en Montaubán no se encuentra, en 1442, persona alguna para desempeñar

(1) «Revue des Sociétés savantes,» 1870, tomo I, pág. 461.

(2) Documento editado por S. Luce, *Chronique du Mont-Saint-Michel*, tomo II, pág. 19.

los cargos consulares. En Langüedoc, Tolosa ha perdido la mitad de sus habitantes; la ciudad de Saint-Gilles, que en otro tiempo contaba 10.000 almas, no tiene sino 400. Una parte de la población de Lyon ha emigrado á tierras del Imperio.

Tal era el estado á que la guerra y medio siglo de anarquía habían reducido á Francia. «Por consiguiente, exclamaba Juan Juvenal de los Ursinos en una epístola dirigida al rey, bien puedo decir que os desesperéis, porque ya no podemos más.»

CAPITULO V

REFORMAS MILITARES.—FIN DE LA GUERRA DE CIEN AÑOS

I. Compañías de ordenanza. Franco-arcueros. Restablecimiento del orden en Francia.—II. Anarquía en Inglaterra. Preludios de la guerra de las Dos Rosas.—III. Conquista de Normandía.—IV. Conquista de Guiena.—V. Rehabilitación de Juana de Arco. Fin de la guerra de Cien Años.

I.—Compañías de ordenanza. Franco-arcueros. Restablecimiento del orden en Francia (3)

La noticia de la tregua de 1444 fué acogida en ambos reinos con una extraordinaria explosión de alegría. En Francia, la población de las ciudades se diseminaba regocijadamente por los campos, pues 1444 por muy doloroso que fuese el aspecto de la campiña despoblada, la gente se deleitaba contemplando los verdes prados y el agua corriente: era aquel un espectáculo del que se había visto privada toda una generación de ciudadanos. En medio de las ruinas de que estaba Francia cubierta, renacía la esperanza, y en Inglaterra, el Parlamento, lleno de júbilo por una suspensión de hostilidades que no mortificaba el amor propio nacional, felicitó por su obra al mismo Suffolk á quien más adelante debía acusarse de traición. Franceses é ingleses se obsequiaron mutuamente con festejos y restablecióse el comercio entre unos y otros.

Afortunadamente Carlos VII aprovechó aquella calma para constituir un ejército real y restablecer el orden en los países que le estaban sometidos; aquellos años de tregua son los años decisivos de su reinado.

Su principal obra fué la organización del ejército. Se ha dicho que Carlos VII había creado en Francia el ejército permanente, pero en realidad lo que hizo en

(3) FUENTES.—Ordenanzas publicadas en *Ordonnances*, tomo XIII. «Bibliothèque de l'Ecole des Chartes,» segunda serie, tomo III, pág. 110. «Revue historique,» tomo XL, pág. 72. Crónicas de Berry, Mateo d'Esconchy, edición De Beaucourt, tomo I, 1863, capítulo VI; Gruel, capítulo LXXXII; Basin, libro IV, capítulo III á IV; libro V, capítulo XXI. Baude, *Eloge de Charles VII*. Capítulo III en *Chronique de Chartier*, edición Vallet, tomo III.

OBRAS DE CONSULTA.—Vallet de Viriville, *Mémoire sur les institutions de Charles VII*, «Bibliothèque de l'Ecole des Chartes,» 1872. Cosneau, *Richemont*, capítulo V. Spont, *La Milice des Francs-Archers*, «Revue des Questions historiques,» 1897, tomo I. Bonnault d'Houët, *Les Francs-Archers de Compiègne*, 1897. Ant. Thomas, *Les Etats provinciaux de la France centrale*, tomo I, 1879. Van Wervecke, «Publication de la section historique de l'Institut du Luxembourg,» tomo XLIV, págs. 145 y siguientes (sobre la artillería á mediados del siglo XV). De la Roncière, *Histoire de la marine française*, tomo II.

esta como en otras cosas fué simplemente restaurar y fortificar instituciones anteriores que la anarquía había poco menos que destruído (1). Todas las reglas establecidas durante los reinados de Felipe VI, Juan el Bueno y Carlos V habían sido olvidadas; los capitanes se nombraban ellos mismos y daban á sus hombres el ejemplo de bandoleros; los soldados no percibían pagas y las letras de remisión concedidas por Carlos VII á un bandolero que desde su juventud sirvió al rey sin haber jamás recibido «sueldo, gajes ni recompensa alguna» ó que «se vió como obligado á robar,» justifican la siguiente exclamación de Juvenal de los Ursinos: «Por Dios, señor, perdonadme, porque en verdad bien puedo decir que en ello tenéis gran culpa.»

En las primeras tentativas hechas para restaurar la disciplina hubo falta de energía y de perseverancia. En 2 de noviembre de 1439 publicóse una gran ordenanza obtenida por los Estados generales reunidos en Orleáns, que reprodujo la de 1374, y si bien se determinaron las plazas en donde habían de estar acantonadas las tropas y se reunió el dinero necesario para asegurar la paga de éstas durante un mes, no se hizo nada más. «Se dictan ordenanzas, es cierto, decía también Juvenal de los Ursinos, pero se contentan con escribirlas y publicarlas, lo cual constituye una gran burla, una irrisión y un deshonor para el rey.» Preciso es reconocer que la «Praguerie» sobrevenida en 1440 y la guerra sostenida contra los ingleses hacían difícil la reforma.

Carlos VII castigó á algunos bandidos. En 1441 llegó con un ejército á Champaña y mandó poner presos á Alejandro, bastardo de Borbón, hermano del duque, y á algunos otros jefes de bandoleros: el bastardo fué arrojado al río Aube, ocho de sus compañeros fueron ahorcados y decapitados diez ó doce capitanes de desolladores. Marchó el rey inmediatamente á Vaucouleurs y obligó al terrible Roberto de Sarrebruck «á pedir gracia.» Pero las más de las veces dejábase Carlos engañar por aquellos á quienes habría debido castigar (2). El cronista oficial, Juan Chartier, escribía: «El que más gente podía tener en los campos y más podía saquear y robar á las pobres gentes, era el más temido y el que más pronto obtenía del rey de Francia lo que ningún otro.»

En una palabra, antes de la tregua de 1444 nada serio se hizo; pero una vez la tregua pactada, era preciso reflexionar sobre la conducta que debía seguirse. Las tropas ligeras continuaban siendo terribles en tiempo de paz; el rey y el delfín se las llevaron á Alemania, desembarazando de ellas por algún tiempo á Francia, en perjuicio de los loreneses, alsacianos y suizos (3). Terminada la campaña, púsose á discusión en el consejo del rey, en Nancy, á principios de 1445, la reorganización militar; los príncipes de la casa de Anjou, los condes de Dunois (4), de Clermont, de Foix y de Tancarville, el condestable, Pedro de Brezé, y sin duda los miembros de menos viso del Consejo,

(1) Véanse páginas 399 y siguientes, 437, 493 y siguientes.

(2) Si el bastardo de Borbón y Roberto de Sarrebruck pagaban por los otros, era porque el primero se había comprometido en la «Praguerie» y el segundo había defendido en Lorena á Antonio de Vaudemont, rival de Renato de Anjou.

(3) Véase más adelante, libro II, capítulo IX, párrafo 1.

(4) El bastardo de Orleáns.

prepararon las reformas inspirándose en las antiguas ordenanzas y quizás también en el ejemplo del ejército inglés. Los principales capitanes, consultados secretamente y seguros de que serían colocados, se mostraron favorables al proyecto del Consejo y prometieron oponerse á las sediciones que se temían.

Decidióse (5) que todos los capitanes, fuesen quienes fueren, se presentarían con sus soldados ante el condestable, el cual los revistaría y sólo se quedaría con los mejores, siendo los licenciados conducidos en buen orden á los territorios que habitaban antes de alistarse. Los crímenes pasados serían objeto de una amnistía general, y los capitanes retenidos al servicio del rey, nombrados por éste y destituibles á voluntad del mismo, formarían nuevas compañías llamadas de ordenanza (6), sin duda porque eran «ordenadas» por el rey en vez de estar constituidas á capricho de tal ó cual capitán.

Se ha dicho que Carlos VII instituyó quince compañías de cien lanzas, á razón de seis hombres por lanza, todos montados; á saber, un hombre de armas que llevaba la lanza y mandaba su grupo, un escudero, un paje, dos arqueros y un paje de guerra; pero en realidad estas cifras variaron, y á pesar de las revistas que pasaron los comisarios del rey, no siempre se reunió el número reglamentario de seis hombres por lanza y cien lanzas por compañía. En cambio, tuvo el rey casi constantemente más de quince compañías de gran ordenanza, de las que hubo una veintena hasta el final del reinado de Carlos VII.

Los soldados debían residir en determinadas ciudades y ser mantenidos á costa de la provincia, habitando en casa de los aposentadores y percibiendo con regularidad sus pagas. Esta paga, representada en un principio por contribuciones en géneros, vino, carne, etc., se transformó rápidamente en una indemnización pecuniaria que se elevó á treinta libras tornesas por lanza al mes. Los actos de indisciplina habían de ser severamente castigados, y los capitanes tenían facultades omnímodas para expulsar á los malos soldados.

La reforma de 1445 se aplicó rápida y celosamente. La dispersión de los desolladores, lo mismo de los que estaban al servicio del rey que de los que servían á los señores, se verificó sin agitaciones y sin ruido, por operaciones sucesivas: los soldados licenciados fueron conducidos en pequeños destacamentos á sus respectivos países, en donde muchos de ellos tomaron un oficio y, amparados por la amnistía, no desearon otra cosa que vivir tranquilamente. Los que entraron á formar parte de las compañías de ordenanza eran soldados aguerridos, en su mayoría nobles y dueños de buenas armas y hermosos caballos, y los capitanes que mandaban aquéllas, grandes personajes como Dunois, Pedro de Brezé, el conde de Nevers, el mariscal de Loheac y el mismo condestable.

Los abusos no desaparecieron en un día, pues no había que esperar que hombres á quienes en documen-

(5) Estas medidas se adoptaron, según parece, secretamente, y no fueron objeto de ninguna ordenanza pública; únicamente las conocemos por textos posteriores, tales como la ordenanza de 26 de mayo de 1445.

(6) Se les llama también, á partir de 1447, compañías de gran ordenanza.

tos oficiales se denominaba «el Desollador» ó «el Rompebarra» se convirtieron inmediatamente en soldados disciplinados y respetuosos de los bienes ajenos; pero los saqueos, las riñas con los paisanos y las malversaciones de los capitanes fueron desde entonces bastante raras, porque tales actos quedaron casi siempre reprimi-

Depense, que despojaba á Mestier y Marchandise y los enviaba á pedir limosna con la alforja á la espalda (1). Esto no obstante, los cronistas están contestes en reconocer que la constitución de las compañías de ordenanza dió por resultado la cesación de los desórdenes. Ciertamente que los archivos judiciales nos presentan todavía



Cañones de fuego del sistema más primitivo y antiguas máquinas para arrojar proyectiles, según una miniatura de la *Cronica* de Froissart. (Biblioteca municipal de Breslau.)

dos y porque las pagas se satisfacían con regularidad. El nuevo impuesto destinado á pagar estas soldadas, el «pecho de las gentes de guerra,» se estimó, en verdad, en extremo gravoso, y dió lugar á discusiones y reclamaciones innumerables; por esta razón fué acogida sin entusiasmo la reforma de 1445. En la «Nueva farsa de Marchandise (mercancía), Mestier (oficio), Pou-d'Acquest (sin un sueldo), Temps-qui-court (tiempo actual) y Grosse-Depense (presupuesto real),» que se representó á mediados del siglo xv, *Pou-d'Acquest* se burlaba de *Mestier* y *Marchandise* y les aseguraba que las reformas militares tenían por objeto «acabar de saquear las ciudades;» llegaba luego la señora *Grosse-*

los caminos infestados de bandidos, antiguos desolladores que no habían querido aceptar la existencia regular; pero ¿qué significaban los robos y los asesinatos aislados, al lado de las devastaciones y las matanzas realizadas en otro tiempo por los bandoleros? En los países de donde habían sido expulsados los ingleses se podía

(1) Esta farsa (editada por Viollet-le-Duc, *Ancien theatre français*, tomo III, pág. 249) fué compuesta, al parecer, poco después de la creación de los franco-arqueros (1448) y se refiere principalmente á esta institución y al pecho permanente. La «Farsa de las gentes nuevas,» algo posterior (*ibidem*, pág. 232), critica directamente á los soldados de las compañías de ordenanza.

entonces respirar, trabajar, dejar abiertas las puertas de las ciudades é ir á los campos.

La caballería escogida creada por la reforma de 1445 prestará los mayores servicios cuando se reanuden las hostilidades; pero no será suficiente, así es que habrá necesidad de reclutar tropas auxiliares. Estas compañías de «pequeña ordenanza,» llamadas también de «pequeñas pagas» á causa del menor sueldo que sus individuos percibían, subsistirán en mayor ó menor número hasta fines del reinado. Finalmente, Carlos VII no renunciará al derecho real de llamar á las armas á todos los nobles y poseedores de feudos, y este servicio noble se pagará estableciéndose una escala de pagas variables según el armamento del enfeudado. Hasta fines del reinado se verificarán de vez en cuando convocaciones regionales del *ban* y del *arrière-ban* (1).

La reforma de 1445 no tiene el carácter de novedad que con frecuencia se le ha atribuido. Las compañías de ordenanza, ni siquiera considerando solamente las de gran ordenanza establecidas en 1445, no eran un ejército nacional; eran simplemente una caballería de efectivo limitado y abierta á los extranjeros, habiéndolas constituidas por escoceses y españoles que mandaban los Cunningham y los García. Por otra parte, aquel ejército, aunque de hecho se convirtió en permanente, había sido creado con carácter provisional y únicamente para las necesidades de la lucha contra los ingleses. Por último, los individuos de las compañías de ordenanza eran, en su mayoría, nobles que servían á caballo, no diferenciándose, por consiguiente, apenas aquellas unidades, en su aspecto y composición, de los antiguos ejércitos feudales; y en cuanto al sueldo y á la organización, su invención databa del siglo XIV ó quizás de antes. Lo que en verdad constituyó la importancia y la novedad de la reforma es que fué realmente aplicada.

La creación de una infantería sólida habría sido una verdadera innovación; pero nadie pensaba en Francia todavía en ella. El mejor teórico militar de la época, Juan de Bueil, opina que la infantería nunca debe tomar la ofensiva, porque no puede permanecer unida en su marcha, y por ende, una vez en el campo de batalla, no debe moverse: «Los jinetes han de atacar y los infantes han de esperar. El soldado de infantería era, pues, considerado simplemente como un complemento, lo mismo en el campo de batalla que en el juego de ajedrez, á que tan aficionados eran los hombres de aquel tiempo y que, desde ciertos puntos de vista, representa sus concepciones militares. La milicia de los franco-arqueros, creada tres años después que las compañías de ordenanza, no fué y no podía ser en aquel entonces sino una institución accesoria.

Antes de la fundación de los franco-arqueros la infantería del rey de Francia componíase, en teoría, de todos los súbditos pecheros de éste; pero en la práctica la formaban las compañías de arqueros y ballesteros extranjeros y los contingentes proporcionados por las ciudades. El paisaje francés había tenido que reanudar sus costumbres militares; los ciudadanos, y en algunas poblaciones hasta los eclesiásticos, debían prestar el servicio de vigilancia, y todos tenían armas. Carlos VII

(1) En el siglo XV la expresión de *ban* y *arrière-ban* ya no designa la leva en masa, como en el siglo XIV, sino la de los poseedores de feudos.

dispensó especial favor á las cofradías de ballesteros y de arqueros que en algunas ciudades se habían formado y que le prestaron grandes servicios; así, por ejemplo, concedió á los ballesteros de Chalóns, Tournai y La Rochela el derecho de llevar la libra real.

No todos los contingentes de las ciudades tenían, sin embargo, el mismo valor, pues á menudo eran enviados al rey hombres cuyo pescuezo olía á cáñamo, que habían sido reunidos por el cebo de la paga señalada por la municipalidad, y que en la primera ocasión ponían pies en polvorosa. Esta fué una de las razones que determinaron la institución de los franco-arqueros: el rey conservó las antiguas milicias comunales, que podían ser útiles en caso de sitio, y las cofradías que formaban excelentes tiradores de arco y de ballesta; pero como además tenía derecho al servicio de los pecheros del mismo modo que al de los nobles, creó una infantería escogida de igual manera que había creado una caballería selecta, inspirándose para ello en las medidas adoptadas en otro tiempo, aunque sin éxito duradero, por Felipe VI, Juan el Bueno y Carlos V, y sobre todo en el ejemplo del ejército de Bretaña, en donde el duque Juan V había establecido desde 1425 una infantería con plebeyos facilitados por cada parroquia y exentos de la vigilancia y del pecho (2).

En virtud de la ordenanza de 1448 corregida y completada por la de 1451, cada grupo de cincuenta hogares hubo de facilitar al rey un arquero ó un balletero. En tiempo de Carlos VII había en total ocho mil franco-arqueros. Los hombres, escogidos por los prebostes y por los elegidos, debían ser «valientes,» estar en la fuerza de la edad y ser robustos y diestros; se les dejaba vivir en sus casas, pero eran vigilados y habían de poseer una armadura ligera bien conservada; se ejercitaban en el tiro todos los días feriados y servían al rey al primer llamamiento.

Percibían cuatro francos al mes cuando estaban en servicio activo y en todo tiempo quedaban exentos del pecho, de donde el nombre de franco-arqueros; y los demasiado pobres para costearse una armadura eran equipados por cuenta de su parroquia; por esto resultaba fácil su reclutamiento. Las ciudades que tenían cofradías de tiradores pudieron proporcionar un excelente contingente; pero por término medio la nueva milicia fué muy mediocre, pues la exención de impuestos engendró todo linaje de abusos, y los comisarios regios, en extremo accesibles «á los dones de corrupción,» reclutaron con frecuencia guerreros muy extraños, como por ejemplo aquel franco-arquero de Senlis, hombre de edad avanzada, rico, aficionado á las comiditas y al reposo, que sólo veía en su cargo una ocasión para no pagar el pecho y que declaraba «que si el reino de Francia debía perderse por poner en él un clavo, él no lo pondría.»

Si añadimos que Carlos VII tenía á su lado una «gran guardia» de escoceses y cuerpos especiales de arqueros, de hombres de armas y de ballesteros montados, habremos completado la enumeración de las tropas utilizadas durante los últimos años del reinado.

La fuerza principal de aquel ejército fué, además de la caballería, la artillería. Desde los primeros años del

(2) Véase el estudio de M. Bellier-Dumaine, «Annales de Bretagne,» tomo XVI, pág. 117.

reinado de Carlos VII, las torres de las ciudades estuvieron protegidas por pequeñas bombardas de cobre y de hierro montadas sobre cureñas, y «las máquinas para arrojar piedras» no fueron ya más que curiosidades arqueológicas. Como arma ofensiva hizo la artillería sus pruebas en el sitio de Montreau; pero en los últimos tiempos del reinado ocupará un lugar en todos los campos de batalla. Pedro Bessonneau, gran maestre de artillería desde 1420 á 1444, realizó, al parecer, una obra

«ciertas cosas sutiles» tocantes á esa arma (2). Durante las campañas de Normandía y de Guiena, la artillería de Carlos VII aseguró á éste una superioridad incontestable. En lo sucesivo, los ingleses tendrán miedo á las batallas campales y se refugiarán las más de las veces en sus plazas fuertes; pero como la arquitectura militar no se ha modificado con la misma rapidez que la artillería, los cañones franceses destruirán en un momento sus murallas.



Cañones y mortero del siglo XV, según una miniatura de la *Cronica* de Froissart. (Biblioteca municipal de Breslau.)

considerable; pero su gloria quedó eclipsada por la de Gaspar Bureau, que le sucedió, y Juan Bureau, que fué «auxiliar conocedor de la artillería» desde 1437. Fundidores, ingenieros y capitanes, los Bureau dieron á Carlos VII, dice Jacobo du Clercq, «el mayor número de grandes bombardas, grandes cañones, pedreros, serpentinás, afustes, culebrinas y ribadoquines que hombre alguno recordara entonces haber visto á un rey cristiano.» Los hermanos Bureau comprendieron toda la importancia del cañón y perfeccionaron todo el material con ayuda de inventores extranjeros como el genovés Luis Giribault, que había inventado un nuevo sistema de carro para «conducir la artillería» (1), y aquel judío alemán á quien llamaron en 1456 para aprender de él

(1) Texto citado por Triger, «Revue du Maine,» tomo XIX, pág. 197. El inventor genovés Luis Guibaut, de quien habla Triger, es seguramente el genovés Luis Giribault, que representó gran papel en las campañas de Normandía y de Guiena.

Para completar la obra de defensa del reino, habría sido preciso reconstituir una marina. Desde la destrucción del cercado de las Galeas de Ruán y la pérdida de Normandía, el rey de Francia no tenía armada ni astilleros. El autor del *Debat des herauts d'armes* (Debate de los heraldos de armas) expresaba allá por el año de 1456 el disgusto que esto ocasionaba á los partidarios de la guerra marítima: «Ruego á Dios, exclama el heraldo de Francia dirigiéndose al de Inglaterra, que le dé al rey de Francia corazón y valor para hacer la guerra por mar, por ser esta la férula con que puede castigaros y enfriar vuestra arrogancia.»

La nueva organización, á pesar de sus deficiencias, puso término á la terrible anarquía militar que arruinaba y despoblaba el reino y permitió reconquistar en cortas y victoriosas campañas la Normandía y la Guie-

(2) Texto citado por Ribadien, *Histoire de la conquête de la Guyenne*, pág. 285, nota 1.